



www.loqueleo.com/es

© 2017, Gloria Sánchez

© 2017, Teresa Bellón

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-572-0

Depósito legal: M-7.239-2018

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: julio de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La vaca dijo mua

Gloria Sánchez

Ilustraciones de Teresa Bellón

loqueleg

*A mis alumnos con TEA
que me inspiraron el personaje de Ada.*

En un pequeño pueblo entre montañas, la gente llevaba una vida feliz. Cultivaban los huertos, conversaban tranquilamente y tendían la ropa al sol. Durante el buen tiempo se bañaban en el río, iban a por truchas y recogían fresas silvestres.

En el invierno se sentaban, muy juntitos, alrededor del fuego. Los más viejos contaban historias a los niños; historias reales y cuentos de maravillas.

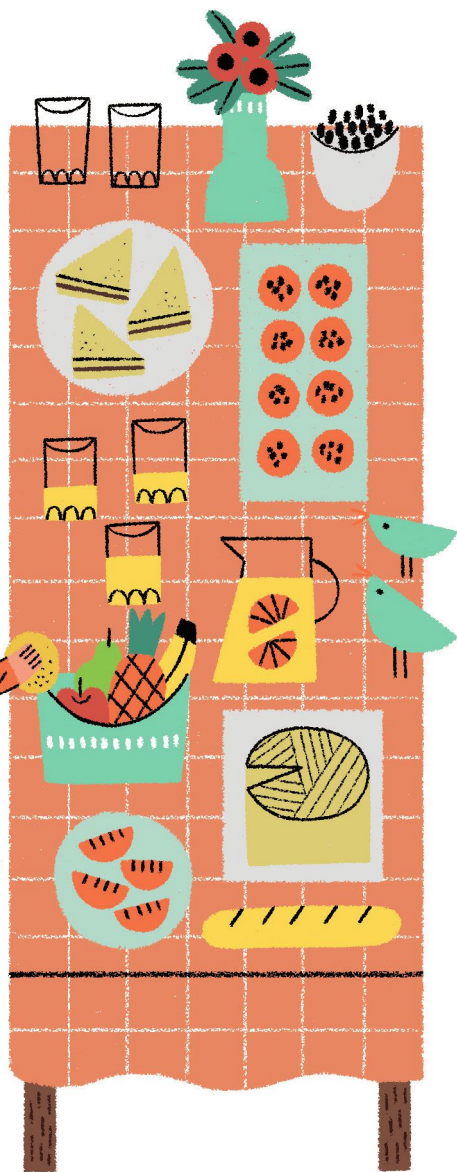
Todo discurría en paz.

Pero había un ser malvado que quería adueñarse del valle y de la voluntad

de sus habitantes: Bombardino. El señor Bombardino era mezquino y escuchimizado. La envidia no le daba sosiego. Se comentaba que practicaba malas artes: brujería y hechizos.

10 Esto que os cuento sucedió un día a finales de verano, cuando se celebraba la fiesta anual en la plaza del pueblo. Juegos y chucherías, música y platos succulentos. El aroma de la comida y el son de los cantos de la gente llenaban el aire de alegría.





De repente, los pájaros callaron sus trinos y todos los ojos se dirigieron al quiosco de música. El señor Bombardino comenzó a tocar la tuba. Soplabla con todas sus fuerzas. Sus mejillas parecían dos granadas maduras a punto de reventar. Un viento feroz y misterioso salió por la boca de aquel instrumento. Un torbellino frenético que desbarató todo a su paso. Derribó mesas y sillas; algunas tejas.



Voló sombreros, manteles y
banderines. Zarandeó los viejos árboles.
Los pájaros huyeron en desbandada. Los
perros que se adormecían al sol
gimoteaban buscando cobijo. Cuando
el viento malo cesó, la plaza era una ruina.
La gente andaba medio alelada.

13



Al recuperar la normalidad, se dieron cuenta de que algo extraño pasaba con su voz, con las palabras. De sus bocas salía un batiburrillo confuso, como el chirriar de una puerta vieja. Mejor aún, algo así como el golpeteo de nueces en una cesta. No se entendían... «**Dmnbrz**», «**qrg**», «**nmgstnlsgrbnzs**»... Que quería decir: «dame un abrazo», «quiero agua», «no me gustan los garbanzos».

Y es que aquel viento loco y salvaje se había llevado los sonidos más delicados y ligeros de las voces que flotaban en el aire: la *a*, *e*, *o*, *i*, *u*... Sí, las cinco vocales. Esas letras mínimas, tan pequeñas, tan insignificantes. Pero las palabras sin ellas no eran nada, no eran nadie.



